

«gregacion por otros títulos.» (*Register*, p. 85). Por consiguiente, el decir que un pagano ha sido admitido por un misionero á la religion cristiana, no supone que por precision haya recibido el rito de la iniciacion. — Otra carta de un misionero de Madrás: «El año último, dice... murieron, y «como espero se habrán salvado, dos pobres paganos, que no habian visto jamás «los misioneros; pero que habian oido hablar de Jesús á una mujer del país.» (*Reg.*, p. 70). Omitiendo muchas reflexiones que me ocurren sobre esto, la esperanza del misionero de que se habrán salvado estos infieles porque *habian oido hablar* simplemente de la verdad, nos da lugar á pensar cuán escasos conocimientos exigen estos señores de sus prosélitos para colocarlos en el número de los buenos cristianos.

Vaya un ejemplo de la manera con que los misioneros protestantes obran estas conversiones, ejemplo que nos cuenta un panegirista de esta clase de empresas: «Se «ha manifestado en Oriente, dice, un espíritu presuntuoso, que espera resultados sin valerse de los medios indispensables para lograrlos; que tomando unos

«síntomas equívocos, se felicita de ellos como de unas señales infalibles de conversion, y que sugiere respuestas á un pagano indiferente, para que, repitiéndolas «este como el papagayo, pueda luego contarlas como señales espontáneas de la gracia. Cierta misionero preguntaba un día «á un hombre embadurnado de boñiga, que «entre los indios es una marca de supersticion, y á cada pregunta le contestaba «este con un aire excesivamente grave, y «con una solemne inclinacion de cabeza: «*Nisam*, esto es, *ciertisimamente*. Yo quedé «muy consolado, dice su digno pedagogo, *de ver como aprobaba de corazon la doctrina de la salvacion*. Y es bien positivo, que si se «hubiese parado aquí con sus preguntas, «aquel pobre hombre habria adquirido un «derecho igual al de muchos otros para ser «inscrito en la lista de los infieles convertidos. Mas por desgracia continuó el misionero sus preguntas, y le dijo: ¿qué «edad teneis? ¿cuánto tiempo habeis estado en Jungasea? y el indio respondió siempre con el mismo énfasis: *Nisam*, *nisam* <sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> *Quarterly Review*, mars 1827, p. 448.

Nos refiere Brown en su historia de las misiones protestantes, que, mientras gobernaron los holandeses la isla de Ceylan, á todos los que deseaban adquirir honores y empleos, les forzaban á que se hiciesen cristianos de su secta. Fue cosa de ver como corrían estos desgraciados esclavos para hacerse alistar: de manera que los registros destinados á este objeto pronto estuvieron llenos de millares de nombres. Pero eran bien ligeras las cualidades que para esto se les exigían; pues que el saber de memoria el *Padre nuestro*, los diez mandamientos de la ley de Dios, dos oraciones por la mañana y noche y la bendición de la mesa, daban un derecho al título y prerogativas de cristiano <sup>1</sup>. Mas ¿qué se han hecho estos desgraciados cristianos de solo nombre? ¿y en qué ha parado una iglesia fundada por un estilo tan singular? Todavía no es la ocasión de decirlo; ya lo diremos en el capítulo siguiente, donde vendrá mas á propósito.

<sup>1</sup> *Monthly Review*, n. 48, p. 143.

§ V.

*Carácter de los cristianos que han hecho los misioneros protestantes.*

Pero supongamos que un misionero nos cuenta sólidamente, que un infiel no solo fue bautizado, sino que está instruido en la doctrina cristiana, en la que persevera y aun da muestras de adelantamiento espiritual: ¿entonces cederá quizás mi incredulidad, y por esta vez confesaré que la conversión es verdadera? Yo no sé, bien podrá acusárseme de ser un poco obstinado, pero he de confesarlo ingenuamente; ni aun por esto me rendiré con facilidad, y el motivo es el siguiente. Reparo que los hombres de todos los partidos están de acuerdo en que los prosélitos hechos por los misioneros protestantes son, en su mayor parte, gentes poco veneradas de sus primeros correligionarios; que su conversión no les merece mayor estima entre sus nuevos hermanos; y que con frecuencia son atraídos al cristianismo, como dice un escritor arriba citado, por el deseo de gozar de una mo-

ral menos austera que la que les imponian sus doctrinas paganas. La acusacion es grave y pide pruebas que satisfagan: y así vamos á darlas.

Sacamos la primera, segun costumbre, del testimonio de los misioneros. Se nos cuenta de Candy, en la isla de Ceylan, que M. Lambrich habia concebido esperanzas sobre un sacerdote pagano; pero que no se habian realizado, y que habia otro que estaba deliberando sobre si se haria ó no cristiano. *Quisiera esperar de él*, escribe este misionero, *mas no quisiera aumentar el número de aquellos, que han tomado el nombre de cristianos por miras temporales* (Miss. Reg. p. 195). «Deseo, escribe Norton desde Aleppo, conversiones verdaderas y de corazón, y segun las reglas de las sagradas Escrituras.» (*Ib.* p. 182). No hemos olvidado aun cuánto se ponderó y se aplaudió en Inglaterra el paso al protestantismo de un cierto obispo de los armenios cismáticos de la Siria; mas pronto se descubrió que habia sido excomulgado y echado de los suyos por haberse casado en contravencion á los cánones de la Iglesia. Me acuerdo bien haber leído esta historia en una re-

lacion de un viajero protestante de las mas recientes; mas por amor á la verdad debo confesar que en este momento no me acuerdo precisamente dónde, aunque tengo presente que se protestaba enérgicamente contra semejantes imposturas. A mas de esto, un viajero perspicaz é instruido que acababa de llegar entonces de la Palestina, á donde fué por comision de la universidad de Oxford, de la que es miembro, me contó el mismo suceso sin que yo se lo pidiese, y lo hizo igualmente con las expresiones de desprecio y de aversion.

Si de la Siria pasamos á la India, todo el mundo sabe que los pocos que convierten los protestantes son llamados por burla *cristianos del arroz*, porque el arroz es el alimento que estos cristianos esperan proporcionarse por su conversion. Si se quiere que este juicio no sea mas que el del vulgo, que con frecuencia dice mal de todos los que se apartan de la via comun, contaré una anecdota que me ha sido comunicada sobre la palabra de un sugeto que habitó por muchos años en las Indias, personaje de una alta categoria, y que no es capaz por ningun título de alterar la verdad. Hallándo-

se en compañía de un misionero que deseaba hallar un criado, uno de sus amigos le habló de un indio que juzgaba apto para este empleo. Fueron tales las buenas calidades que contó de él, que le vinieron ganas al misionero de tomarle. Mas por desgracia, queriendo aquel señor resumir sus méritos y poner el colmo á sus elogios, añadió: *Y hasta es uno de vuestros nuevos cristianos.* Esta palabra bastó para romper el trato, porque el misionero le respondió: *Me basta lo que acaba de decirme V.: no puedo fiarme de él; y no puedo recibir en mi casa un cristiano del país.*

Y si tan poco es lo que aprecian el fruto de sus trabajos *apostólicos* los mismos misioneros, ¿podrá parecer cosa singular ó extraña que el Gobierno secular haga todavía menos caso de ellos? Apenas parece creíble que la desconfianza del Gobierno, con respecto á esos sugetos, llegue hasta el punto de excluirles de todo empleo por pequeño que sea; y sin embargo es la pura verdad. En la seccion vi de los reglamentos del Gobierno de Madrás se lee lo siguiente: *Los jueces de la Zillah recomendarán á los tribunales provinciales las personas*

*que juzgarán aptas para el cargo de musif de un distrito (cargo que se confia á los indígenas); mas nadie será reputado hábil para este empleo sin la aprobacion anterior del tribunal de provincia, y si no pertenece á la religion india ó mahometana.* (*Heber, t. III, p. 463*). Y nadie me diga que este decreto se hizo únicamente para cortar los celos que podrian concebir los naturales, si veian que los apóstoles de la creencia de su patria eran elevados á magistraturas que les hacian superiores á ellos; porque si se reflexiona que bajo el imperio de los príncipes indios no existia semejante ley, y que entonces era permitido á los cristianos el aspirar á los cargos públicos, sin que se temiesen tales celos, se desvanece al momento la fuerza de este argumento. «Es posible, exclama el obispo de Calcuta en la última carta que escribió á su mujer, que mientras dominaba el Raja fuesen aptos los cristianos para todos los cargos del Estado, mientras que hay ahora una orden del Gobierno que les excluye de todo empleo? Es positivo que en los negocios de religion «somos el pueblo mas frio y mas cobarde de toda la tierra.» (*Ibid.*). Y permítaseme

hacer observar, que este edicto no puede mirar sino los cristianos del país, esto es, los cristianos de los misioneros, porque á los ingleses no les impide el ser cristianos el obtener los mejores cargos, y los que dan mas influencia y consideracion. Cuando, pues, el obispo que hemos citado, en una carta á M. Wilmot Horton, procura excusar este decreto, no es mas que un expediente para cubrirse, y expediente que descubre su mismo lenguaje; como lo es igualmente la conjetura de su espíritu siempre enemigo de la Religion católica, y que me propongo refutar en su lugar. «Los católicos, escribe, son mucho mas numerosos que los protestantes en estas provincias, en donde se nos cuenta que Schwartz y sus colegas obraron tantas maravillas; mas pertenecen á una casta inferior, y se les supone muy atrasados en usos y conocimientos. Esta inferioridad, que recae sobre el carácter general de su religion, ha sido la causa, segun dicen, de que el Gobierno de Madrás mira de mal ojo á todos los naturales convertidos. Si de hecho no se les ha perseguido, á lo menos se les ha declarado solemnemente inhábiles bajo el

«Gobierno de la compañía de Indias para obtener cargos ó funcion alguna civil ó militar, hasta en los mismos países en que eran empleados sin escrúpulos mientras reinaron los príncipes indígenas.» (*Heber, t. III, p. 461*). Dos cosas concluyo de estas líneas: primera, que en la prohibicion de que se habla nada tienen que ver los celos de los paganos, sino que solo se manifiesta la desconfianza que se tiene de ciertos cristianos; y la segunda, que puede refutarse al obispo con sus propias palabras, antes que yo lo haga mas tarde, como acabo de prometer. Porque si los católicos que habia en tiempo de los príncipes indígenas, y que todavía existen bajo el Gobierno inglés, son de baja condicion, ó son todos de castas inferiores, este solo motivo los excluia de los empleos, sin ser necesaria ley alguna que se los prohibiese.

Mas para que se vea hasta la evidencia que la pretendida ignorancia de los católicos no ha motivado esta exclusion, como se supone en la relacion del obispo, basta observar que hasta en las demás provincias en que son mucho menos conocidos los católicos, el Gobierno inglés tiene la máxi-

ma de quitar sus cargos á aquellos que, á persuasión de los misioneros, han abjurado los errores del paganismo. Ahí va la prueba por lo que toca al interior de las provincias septentrionales de la India: «Me fueron presentadas sobre 20 personas, entre las que se hallaba el *naick* ó cabo, á quien el Gobierno inglés había deshonrado echándole de su regimiento, por haberse hecho cristiano. Sin embargo de que continúan pagándole su sueldo, esta conducta es absurda por no decir impía.» (*Ibid.* t. II, p. 280). Este último rasgo manifiesta á las claras que no se adoptó esta medida para impedir celos, pues que solo serviría para excitar los mas haciendo ver que, haciéndose cristiano se recogían los emolumentos del empleo sin tener que sufrir sus fatigas. Voy á dar otro ejemplo y será lo bastante: «Tuve una muy interesante visita de un buen anciano, que me contó que había sido convertido por M. Corrie, en el tiempo que habitó este en Agra; me dijo que se llamaba *Nur Mussi* (Luz del Mesías). Entre otras cosas vino á pedirme que hablase por él al colector y á M. Ha- led, para que no le privasen de su des-

«tino insignificante, que decía estaba en «peligro de perder por haberse hecho cristiano.» (*Ibid.* p. 236).

Si el Gobierno inglés ha tomado en sus posesiones de la India unas medidas como estas con respecto á los que abrazan la religión del Estado, no habrán faltado razones mas decisivas al emperador de Rusia para prohibir á los misioneros extranjeros el que conviertan sus súbditos paganos. Y en efecto, el emperador Alejandro, que en un principio las había protegido con tanto ardor, por su decreto imperial de 1822 las suprimió todas, principalmente la de los moravos de Sarepta, á los que dió orden de no bautizar mas, ni recibir en su secta á los kalmucks paganos.

No há muchos años que el efecto que produjeron los misioneros protestantes en una colonia inglesa de las Indias Occidentales, fue una conspiracion de los esclavos que les escuchaban, que llegó al conocimiento de las autoridades, y dió lugar á una causa criminal que se formó contra los maestros, en la que fue convencido de haber urdido la conspiracion el misionero Smith, que sufrió la pena de muerte, y los demás,

si mal no me acuerdo, fueron desterrados.

Podria citar otros ejemplos para manifestar, como he prometido, de qué clase son los prosélitos de los predicadores metodistas en las Indias Occidentales; mas seré parco, porque las autoridades en que habré de apoyarme, como lo es el autor de muchas noticias sobre las misiones que se insertan en el periódico católico de Londres, y á las que con frecuencia soy deudor de muchas citas que presento en este escrito, sacadas de las memorias de los misioneros, que no siempre podia tener entre manos. Pero como conozco personalmente á este autor, bien que anónimo, puedo tambien responder de la veracidad de todo lo que escribe. Es costumbre de estos misioneros el bautizar á todo esclavo que se presenta á ellos, sin hacer preceder esta ceremonia de un curso de instrucciones convenientes; y como tienen siempre en la boca bellos discursos sobre la *libertad cristiana*, ¿tiene nada de extraño el que estos infelices se formen con ello la idea de que, abrazando el cristianismo, juntamente se adquieren las franquicias civiles y los derechos de ciudadano? Y en el fondo esto es lo que pasa, pues los

discursos que ocasionaron la conjuracion mencionada causan tambien continuas insubordinaciones en las posesiones de los particulares. Y en prueba de esto, dice el autor de que hemos hablado, que á él mismo le pasó el caso de un esclavo que, volviendo del conventículo en que habia sido bautizado el mismo dia, se le preguntó por casualidad lo que habia aprendido sobre la santísima Trinidad, en nombre de la cual habia sido regenerado, y respondió que nada habia aprendido sobre ella, porque *nadie le habia hablado sobre este punto*. Cuenta además que se le han presentado muchas veces esclavos fugitivos, pidiéndole el bautismo, porque era sacerdote. El motivo de esta demanda es bien sencillo; como debia navegar hácia los países de donde ellos se habian fugado, creian, como hemos dicho, que el bautismo les libertaria de la esclavitud, dándoles el grado de ciudadanos. (*Catholic. Miscell, may 1823, p. 227*).

En confirmacion de lo que este escritor nos asegura, voy á copiar una carta que sobre este asunto le fue enviada por una persona que se halla en disposicion de darnos noticias bien exactas:

« Muy señor mio: para cumplir con la  
« promesa que le hice á V. de escribirle al-  
« gunos pormenores sobre las misiones pro-  
« testantes de las Indias Occidentales, ante  
« todo y en general debo decirle, que to-  
« do lo que V. ha escrito sobre ellas es ver-  
« dadero en todas sus partes. Han llegado  
« hasta el punto de persuadir á unos esclavos  
« infelices é ignorantes, que aunque no  
« sean bautizados son tambien ministros de  
« Dios. Es tanta verdad esto, que en nues-  
« tra posesion de Demarara dos esclavos  
« han pretendido este honor. Parece que  
« estos misioneros no miran el bautismo co-  
« mo necesario para la salvacion. Por mas  
« que prediquen, la una mitad del audito-  
« rio no entiende el inglés, y la otra lo en-  
« tiende mal. Pero les importa muy poco  
« con tal que puedan arrancar retribucio-  
« nes á estos infelices, pues esto les basta;  
« y si por casualidad alguno de ellos reci-  
« be el bautismo, es menester que lo pague  
« caro.

« De esto se sigue: que si cuando un mi-  
« sionero ha predicado tres ó cuatro sermo-  
« nes á una porcion de esclavos, halla que  
« se han agotado sus módicos ahorros, pron-

« to les abandona y se va á otra parte. Es-  
« tos infelices adquieren algunas ideas con-  
« fusas sobre la libertad y la predestina-  
« cion, que les hacen no menos temibles  
« que dignos de compasion, pues que con  
« mucha frecuencia les conducen al suici-  
« dio. — Se ha hecho comun entre ellos la  
« expresion siguiente: — No puedo morir  
« antes del tiempo señalado; y así el menor  
« motivo les basta para que se den la muer-  
« te... — Podria contar muchas cosas de es-  
« ta clase, pero si no se particulariza y no  
« se nombran sugetos, apenas se me creeria.  
« Así pues, ya que el misionero N. tuvo  
« bastante atrevimiento para querer enga-  
« ñar al público, me creo autorizado para  
« nombrarlo. Este hombre se ha hecho muy  
« rico; pero los esclavos ya no tienen aho-  
« ra sino muy poca cosa ó nada propio, y  
« no pueden enriquecer á otro sino roban-  
« do, y de esto son capaces todos sus oyen-  
« tes. Administó la cena, que es su Euca-  
« ristia, á un esclavo que *no habia sido bau-*  
« *tizado*, y lo hizo con *ron* en lugar de vino.  
« Su trato era con la gente mas vil, y to-  
« maba parte en las conversaciones mas  
« obscenas, de modo que hasta los periódicos



«cos censuraron públicamente su conduc-  
«ta. Sabiendo todo esto, y a puede figurarse  
«mi sorpresa viéndole tenido por un san-  
«to en Inglaterra, y que siempre está lle-  
«no de ardor cuando se trata de proclamar  
«sus acciones gloriosas, y de recoger di-  
«nero para las misiones. Ciertamente se  
«desterraria de la sociedad un hombre de  
«honor antes que hacer hablar de sí, co-  
«mo este misionero lo ha hecho en Dema-  
«rara... V. podrá servirse de estos docu-  
«mentos del modo que mejor le acomode,  
«pues estoy siempre pronto á defender lo  
«que he escrito; y si llegara el caso de ser  
«necesario, podria tener á la mano los pe-  
«riódicos y los nombres de los testigos de  
«Demarara. Me tendré por dichoso en po-  
«derle servir á V. y tambien á nuestra san-  
«ta religion, por la que no creo poder ha-  
«cer nunca demasiado. (*Id.*, p. 296).

«Soy de V. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

«*F. T. de Ridder.*»

El hecho sacrilego de que nos habla esta carta, cometido por el misionero que administró la Eucaristía con una materia que creen impropia para este uso hasta los pro-

testantes, es una muestra de la religion que se enseña á estos miserables, como lo hará ver la anécdota siguiente: Se acostumbra en aquel país pagar una cierta suma los que quieren participar de este rito, para costear los efectos que han de consumir. Calculando, pues, nuestro misionero que el subido precio del vino en aquellas colonias no le dejaria un beneficio suficiente, creyó poder remediar á este inconveniente sustituyéndole el *ron*, que es una bebida barata, y mezclándole todavia una buena cantidad de agua. Se quejaron, como era justo, los pobres esclavos de un semejante cambio; pero ¿creeis que lo hicieron por ver profanada una ceremonia sagrada, ó quizás porque sentian el verse privados de los frutos de esta institucion por el uso de una materia que la hacia nula? Nada de esto: sus murmuraciones y protestas fueron de que se les habia engañado; de que se habia mezclado tanta agua; y de que con el dinero desembolsado habrian hallado en cualquier parte mas cantidad y mejor. (*Id.* p. 228). Yo no sé si esta historia, que no he podido contar sin un verdadero horror, sirve mas para excitar la compasion por esos

infelices, que se ponen á creer con tanta ligereza que han comprado el cristianismo, ó mas bien para llenarse de indignacion y de horror por esos impostores que, con la máscara de apóstoles, recorren el mundo para hacerse un prosélito, y cuando lo han logrado, lo hacen, como dice el Señor, hijo de perdicion dos veces mas que no lo era antes. (*Matth. xxiii, 15*).

Nadie mire como una calumnia lo que se dice en la citada carta sobre los misioneros metodistas, de que no creen necesario el bautismo para ser cristianos; porque ellos mismos enseñan públicamente á sus oyentes que no es esta la puerta del cristianismo. « Los metodistas, escribe un misionero anglicano de la Nueva-Escocia, son numerosos; y tanto aquí (en Parsborough, como en Amerst y en Wekmoreland), no permiten á los niños de su secta que aprendan el catecismo de la iglesia, sino uno que tienen ellos enteramente opuesto al nuestro, entre cuyas primeras preguntas se halla la siguiente: *¿ Se os ha hecho cristiano por el bautismo? Respuesta: No <sup>1</sup>. »*

No tengo datos positivos sobre la con-

<sup>1</sup> *Report of S. P. G. for 1823, Lond. 1824, p. 81.*

ducta de los misioneros anglicanos en estas islas, y sobre la moral que enseñan; sin embargo, un periódico que ya hemos citado varias veces como el órgano de esa iglesia, y como un ardiente defensor de sus misioneros, no aprueba la conducta de un misionero que rehusó admitir á la comunión un esclavo, que siendo pagano se casó con dos mujeres, y no queria separarse de ellas, calificándola de escrupulosa. Segun el parecer de este autor, exigiendo san Pablo que los *obispos* sean por distincion *unius uxoris viri*, no debia excluirse de la comunión cristiana á ese simple *lego*, que abrazando el cristianismo quiera reservarse el uso de su primera poligamia <sup>1</sup>.

La otra asercion de la expresada carta, sobre lo mucho que temen los colonos que vayan los misioneros á sus tierras, se halla igualmente confirmada por el siguiente extracto de la memoria de la sociedad para promover los conocimientos cristianos del año anterior: « No puede negarse que no haya todavía muchas dificultades que vencer, y que las preocupaciones y los celos de los propietarios, las disputas y

<sup>1</sup> *Christian Rememb., vol. x, Lond. 1829, p. 243.*

«la agitación política... no creen formidables obstáculos á la predicacion efectiva del Evangelio en la Jamaica... En varias circunstancias hasta se ha prohibido la instruccion oral, porque rehusaron los propietarios admitir los catequistas en sus posesiones <sup>1</sup>.»

§ VI.

*Exámen de sus adelantos en las islas del Océano Pacífico.*

Pero cuando estamos desvaneciéndose con tan poca compasion las tan pregonadas victorias de los misioneros, podria quizás acusársenos de injustos si no hablábamos de las misiones de las islas de Sandwich, en el Océano Pacífico, como si quisiésemos olvidarlas enteramente, por saber que su historia era capaz de desmentir todo lo que habíamos dicho sobre la esterilidad de estas empresas. Pero se equivocaria mucho el que creyese que este haya sido jamás nuestro designio: al contrario, hemos reservado este asunto para este capítulo, por-

<sup>1</sup> *Report of P. C. K. Soc. Lond. 1829, p. 43.*

que, viendo que se apelaba á estas misiones como al mas plausible argumento del feliz resultado de los trabajos de los misioneros, nos pareció oportuno reservarlo para este punto.

Se distinguen los habitantes de las islas de Sandwich por la suavidad, la docilidad y la sencillez de su carácter natural. Luego que fueron descubiertos por los europeos y por los americanos, empezaron á imitar sus usos y aprender sus artes. Habiendo el rey Tamehameha aprendido del navegante Vancouver á construir y armar navíos, puso los gérmenes de un comercio activo con la América y con el Asia; edificó fortalezas que guarneció con artillería; abrió anchas y cómodas carreteras, hizo plantar árboles frutales, sembrar granos y yerbas y apacentar ganados, cosa hasta entonces desconocida en aquel país; cambió en muchas cosas los usos bárbaros, mejoró las leyes y fue verdaderamente el padre de la patria. Es cierto que le disgustaba la religion de sus antepasados; pero murió profesándola.

Mas su hijo Lolan Riho-Riho, llamado tambien Liho-Liho, apenas subió al trono

paterno en mayo de 1819, cuando reunió los jefes de las islas, y habló con ellos largamente sobre la inutilidad de sus ídolos y la crueldad de los ritos con que los honraban, y en conclusion les dijo que tenia tomada la resolucion de profanar los templos y de abolir semejante culto. La reina madre habia tomado partido por los dioses de su patria, mas pronto se rindió; y al día siguiente estaban ya profanados los templos y en parte demolidos. Hizo al mismo tiempo muchos otros cambios en beneficio de sus súbditos y del orden público.

Los hermanos Karaimoku y Boki fueron los dos primeros entre estos príncipes que quisieron abrazar la religion cristiana. Eran los mas poderosos, y deseaban con tanto ardor el ser iniciados en el cristianismo, que cuando el capitán francés Treycinet aportó en estas islas en la fragata *Urania*, se hicieron bautizar por el abate de Quelen, capellan del barco y sacerdote católico: el primero tomó el nombre de Guillelmo Pist, y del segundo hablaremos mas de una vez<sup>1</sup>.

Ha podido observarse que hasta aquí ni

<sup>1</sup> *Quarterly Review*, tom. XXXV, p. 420-422.

mentado hemos los misioneros, porque en efecto no los habia aun, y solo el año siguiente bajaron allá muchos desde la América, que fueron recibidos con mucho gozo y dotados magníficamente por el rey. Pero no es menos verdadero que la sensatez y penetracion de los príncipes habia destruido, ó á lo menos mutilado la idolatría, y que solo esperaban una religion mejor para abrazarla. Como nada sabian de las sectas innumerables que han pululado de una manera tan deplorable en el seno del cristianismo, buscaban el *cristianismo* como un sistema opuesto á sus futilidades paganas; y así es que adoptaron al momento la primera forma de esta creencia que se les presentó.

Este paso no fue mas que el resultado de su conviccion particular producida por la comparacion que hacian de su paganismo con las opiniones mas sanas que tenian los europeos de la divinidad; y tambien fueron su valor y prudencia los que poniendo manos á la obra ejecutaron el casi total exterminio del paganismo. En efecto, un acto heróico de valor de la princesa Kapiolani fue el que pudo disipar el prestigio mas po-